

tribunal, peor que todos los tribunales de la revolución, se constituyó en cercano montículo, semejante á una guillotina, levantada del suelo con verdadera espontaneidad. El ejercicio de semejante consejo inquisitorial duró desde la noche del diez de Marzo hasta la mañana del veintidós de Abril, en aquel trágico año noventa y tres. Nada podía detener á tales furias. Expedían cañones contra ellas, y los tomaban como si tomasen un alfiler. Varios entre los fanáticos murieron por abrazarse á las bocas de los cañones ardientes. En la baja Vendée por aquellos días seiscientos campanarios tocaban á rebato, como si sus piedras estuviesen animadas de furia, cual estaban los corazones vendeanos. Entre tal estruendo de repiques siniestros, la cólera se animaba y lo encendía todo. En tan crítico momento dejó Cathelineau la pala de su horno y tomó el fusil de sus combates. Primero le instaron á que combatiere algunos de sus familiares, después varios de sus vecinos. Y combatió. Al salir de su horno, apenas llegaban los facciosos á veintisiete; cuando ganaron la carretera ya eran quinientos. Su primer presa fué un castillo; que la milicia nacional guarnece, mandada por un médico. Este, más hábil en curar que en matar, disparó en su inexperiencia y en su torpeza un cañón del castillo, pero despidiendo el cañonazo al aire, sin que hiciese daño. Los vendeanos corrieron como gamos á la fortaleza, y la conquistaron como águilas. Quince mil hombres llegaron á reunirse allí por aquellos días, los cuales se presentaron delante de Chollet. Para oponer su propia carne al fusil de los patriotas pusieron á su cabeza treinta jóvenes republicanos, cogidos prisioneros en una de tantas correrías. Cierta fanático, semejante á un loco, se dirigió á la guarnición patriótica de Chollet. Envuelto en estameña; desnudos los pies y desnuda la cabeza; con un grande Crucifijo coronado de espinas en la mano izquierda y un gran rosario en la derecha, conjuraba furioso á los patriotas para que se rindiesen, si no querían matar á los treinta jóvenes republicanos que iban delante de la facción, puestos allí para que recibiesen los primeros tiros. La gente defensora de Chollet no quiso rendirse; pero la rindieron sus enemigos y la exterminaron. ¡Oh monotonía de la Historia! Los mismos corazones de Jesús que llevaban nuestros carlistas en la última guerra civil con el cándido lema «detente bala», teníanlo también los vendeanos en su pecho. Y así, cuando pasaban por un calvario, tenían que arrodillarse ante cada paso. Y cuando cogían un prisionero fusilable, según su justicia, no le fusilaban sino después de haberlo confesado. Así pasaron cosas extrañísimas. Un republicano se quedó con vida porque no quiso echarse á los pies del confesor, y un protestante, porque no podía tampoco, por otras varias razones, aceptar nuestros sacramentos y nuestras prácticas religiosas. Faltan espacio y ánimo para referir las crueldades cometidas por el terror blanco. Los infiernos de las prisiones parisienses encendidos el dos de Septiembre bajo las advocaciones republicanas se repitieron en Marzo y en Abril del año siguiente por el furor de la Vendée bajo las advocaciones católicas.

Entre Nantes y Vannes tuvieron un encuentro el diez y seis de Marzo del noventa y

tres unos seis mil campesinos con varios pobres patriotas, muy mal armados y muy poco dispuestos al combate, por lo cual, viendo la desproporción enormísima entre sus fuerzas propias y las fuerzas enemigas, resolvieron rendirse inmediatamente y rendirse á discreción. Un tiro se les escapó, cosa fácil donde hay muchas armas y malos tiradores. Nunca se les hubiera escapado. Veintidos, aunque inermes, pagaron á una con sus cabezas, en la plaza del pueblo segadas, aquel ligero y quizás inevitable descuido. Michelet cuenta con una elocuencia que da escalofríos y Víctor-Hugo también por su parte cuenta en su estilo sublime, las crueldades enormes del pueblo vendeano durante su lucha con la revolución. Hay que leer estos dos extraordinarios escritos para estimar aquellos tiempos y saber la crueldad horrorosa de aquellos sublevados. En el punto arriba recordado, encontraron al síndico del ayuntamiento, buen ciudadano y antiguo demócrata llamado Sauveur. En cuanto lo vieron; se apoderaron de su persona. En cuanto se apoderaron de su persona, lo recluyeron en húmedo calabozo, enterramiento de vivos. Mas al nuevo día lo extraen del calabozo y á la plaza pública le llevaron para darle público tormento. Todo cuanto se puede martirizar á un hombre, lo discurrieron y lo emplearon aquellos salvajes. Su cuerpo, el cuerpo de la noble y desgraciada víctima, fué tomado por blanco y acribillado á pistoletazos en los miembros, donde los tiros no pudieran causarle pronto la muerte, porque un fin rápido podía parecerse á una compasión y á una humanidad verdaderas. Cuando temieron produjeran las balas tal efecto, la rapidez en el morir, apelaron á los perdigones. «Dí, viva el Rey,» le gritaban aquellos desalmados. «Viva la Nación.» respondía con voz amortiguada el atormentado. Y al oírle gritar: «Viva la Nación,» disparábanle tiros de pólvora en los labios. De la plaza la llevaron al calvario para que hiciera confesión pública de sus creencias y renegara de todas ellas. Sauveur no se rindió. Levantó los ojos y los brazos al cielo gritando: «¡Viva la Nación!» por quien padecía y expiraba. Un pistoletazo, que le vació el ojo izquierdo, fué la única respuesta dada por los insurrectos al defensor de las leyes. Pero, no satisfechos con verlo cayéndose á pedazos la carne del cuerpo, lo empujaron á otro sitio, casi arrastrándolo, como se arastran en las cacerías y en las corridas los despojos de las fieras. Ensangrentado, roto y deshecho; sin luz en la vista y sin aire ya casi en los pulmones; entre los estremecimientos del último estertor, aun gritaba el mártir, «viva la Nación,» con acento muy parecido al acento de los antiguos mártires cristianos inmolados en los circos y coliseos de Roma. «Confíesate, confíesate, confíesate,» le gritaban los carniceros realistas. Pero él se mantuvo soberbio y erguido, como si á todos su dolores se sobrepusiera la satisfacción de morir por la libertad y por la Patria. Viéndole tan erguido, á pesar de haberlo procurado cien muertes, lo derribaron por el suelo de un pistoletazo. Cayó al pronto; mas enseguida se volvió á levantar, como con el rebote de una pelota. Nuevo disparo y caída del infeliz sobre una rodilla; pero sin aturdirse, ni moverse, ni quejarse, muy estoico á la verdad como un

suicida catoniano de los tiempos clásicos; frío y sereno como un legendario santo de la liturgia católica en tragedias análogas. La única muestra dada por Sauveur de dolor, fué un ruego continuo para que lo rematasen. Tal valor sobrehumano sacaba de tino á sus verdugos. Así, éste le insultaba; aquél escupía su ponzoñosa saliva con crueldad horrible al rostro; el de más allá le abofeteaba; y Sauveur con una paciencia de cordero les decía: «no me hagáis padecer más, amigos míos, rematadme de un golpe y ¡viva la República!» Los brutos remataronlo al fin: pero muy tarde y á culatazos. Diez y siete republicanos fueron martirizados el trece de Marzo en Pontivy por furias que dirigía y mandaba un cura ortodoxo; seis semanas duró el terror monárquico bajo el gobierno de un comité realista, en Macheoul, donde se llenaron y se vaciaron de republicanos seis veces por lo menos las prisiones; los niños fueron designados para verdugos, porque decretaba la facción aquella suplicios muy largos para obtener muertes muy dolorosas, y la inexperiencia y la torpeza de los niños servía mucho á estos bárbaros propósitos; y así el Parlamento supo entonces por un informe oficial, verídico y concienzudo, que habían muerto en un mes, pasadas á cuchillo por los realistas ó fusiladas, quinientas cuarenta y dos personas, entre las cuales, en la precipitación del crimen, muchas fueron enterradas vivas.

No habiendo ya hombres que matar, mataron los vendeanos mujeres y hasta niños. Los milagros contra los patriotas menudeaban en los templos. Había en vieja iglesia reputado sepulcro de santa. Solemne consulta se le dirigió, como si aquellas piedras tuviesen alma ó voz. Y, en la consulta, se movió y removió varias veces la piedra del sepulcro. Los fanáticos realistas pidieron explicación del fenómeno. Un cura, que decía misa en el momento de removerse la piedra, notificó á los imbéciles devotos cómo la santa quería un sacrificio grato á Dios: que no se perdonase á las mujeres en aquella santísima cruzada por la religión y por la monarquía. En vano la democracia da Nantes y los que representaban en aquella ciudad al gobierno, dirigían auxilios á los cuatro puntos cardinales del aire con el fin de impedir estas horribles matanzas. Villa hubo en que solo quedaron las murallas. Innumerables patriotas, en aquellos precipitadísimos degüellos, fueron enterrados vivos. Michelet cuenta, produciendo un terror trágico tan verdadero como pudiera producir una tragedia de Sófocles ó Esquilo, que se veía fuera de las fosas donde hacinaban los supuestos cadáveres la mano crispada de un enterrado vivo: quien, á las horribles angustias y á los epilépticos estremecimientos de su asfixia, cogía como el naufrago las tablas, los vegetales extendidos cerca de su improvisada tumba. No había piedad para nadie. Y mucho menos para quienes alguna relación pudieran tener en su vida y en su historia con los hechos y los ideales revolucionarios. El cura constitucional era objeto capitalísimo de todas las asechanzas, de todas las persecuciones, de todos los ojeos, de todos los suplicios. Creían que, purgando su culpa, se salvaban; y, bajo esta creencia, las acciones más inhumanas y las torturas más crueles se trocaban, según el juicio de aque-

llos desalmados fanáticos, en actos humanitarios y benéficos. Cathelineau llevaba el diez y seis de Marzo tres curas juramentados ante sus columnas insurrectas. Y para irlos matando poco á poco, poníalos á la cabeza de los grupos rebeldes, con encargo á éstos de que mecharan casi á los apóstatas por el medio de clavarles las picas en el cuerpo y ponerlos como una criba con los agujeros por las picas hechos. Escogían las fiestas para enaltecerlas y celebrarlas con sacrificios humanos. El Jueves Santo inmolaron seis jóvenes horteras de Montpellier, los cuales servían seis casas de comercio de Chollet, ciñéndolos con cuerdas al árbol de la Libertad y fusilándolos. Bajo el terror iban extendiéndose por toda la Vendée aquellas facciones como pudiera extenderse por los campos la voracísima langosta. Bien es verdad que la República no tenía para contrastarlos sino bien escasas fuerzas. En toda la baja Vendée no había más que dos mil hombres acantonados y esparcidos por diminutas aldeas. Y estos dos mil hombres se componían de gentes desechadas por enfermedades, en los batallones que corrían durante aquel período con tanto vigor y tanto patriotismo á la frontera. Si en la baja Vendée no había más que dos mil hombres, en la alta ni aun había uno solo. Estaba, pues, reducido el país republicano á defenderse por sí mismo. Los mejores mozos de aquellas poblaciones liberales en Bélgica y en Maguncia se hallaban. Pueblo salvaje, aquel pueblo vendeano, en el sentido de vivir en las selvas y con las selvas, así como ignoraba lo que fuera una verdadera nación, ignoraba lo que fuera una verdadera ciudad. Y para los pocos poblados existentes en sus espacios natales únicamente guardaba terribles afectos de odios insaciables. Así, todos los centros de población, centros liberales, hallábanse inundados por las muchedumbres agrícolas. Y las poblaciones sólo podían dar gentes poco duchos en materia de guerra; médicos, merceros, abogados, incapaces de manejar las armas y de vivir sanos entre las inclemencias del aire, mientras los labriegos, curtidos por su vida y su trabajo á cielo abierto, grandes cazadores, vivían con arreglo á sus gustos nómadas y cazaban á los liberales como pudieran cazar reses. Así, la desproporción entre los facciosos y los republicanos era enorme; cultos y civilizados éstos, hechos á la vida ordinaria de toda gran población; sin ejercicio militar ninguno; padres de familia, con hábitos contrarios del todo á las ideas y á las prácticas guerreras; veíanse asaltados por jaurías sueltas de perros hidrófobos que los perseguían y los destrozaban en desiguales combates.

Para reconocer cómo aquella guerra de la Vendée parecía una guerra de aluvión, una guerra surgida como las inundaciones, como las epidemias, como las plagas naturales de los senos del aire, de los senos del agua, de los senos del terruño, no hay sino recordar que por Abril y Mayo del noventa y tres, ni los mismos convencionales, ni las mismas comisiones parlamentarias, que tanto luchaban á una con los vendeanos, sabían el nombre de sus jefes. A pesar de que Cathelineau mandaba realmente la insurrección, salieronle muchos varios émulos en verdadera rivalidad y competencia con él. Y de tales jefes se

contaba un cierto peluquero bretón, el cual llegó á recoger medio ciento de hombres, empujados en sacudirse las requisas amén de las levás; y los mandó con autoridad improvisada, pero con autoridad verdadera, consiguiendo arrastrar en sus empresas y aventuras, todos los campesinos encontrados al paso. Llamábase Gastón Boudic el improvisado general; y por algunos momentos creyeron hasta los convencionales más instruidos en la cosa pública y más sabedores de cuanto pasaba en la Vendée, que no tenía rival ninguno Gastón. El carácter capital de aquella guerra consistía en sus guerrillas. Y así como Gastón reunió con menos de cien hombres, miles; otros cabecillas, igualmente afortunados y valerosos, reunían con quinientos ó seiscientos hombres, miles de miles. Y contra tal suma de diestros cazadores no había más fuerza que la fuerza de los inespertos milicianos. Sin embargo, de la misma Gironda salieron, y salieron en bastante número, voluntarios contra la Vendée, muy valerosos y muy aperecidos y aprestados al combate. Burdeos tenía en esta hora solemne tal título de gloria, el cual debió escudar á sus representantes contra las maquinaciones montañesas. Padres de familia dejaron su hogar; directores de valiosas empresas mercantiles, dejaron sus negocios; ciudadanos, hechos al buen vivir de las grandes ciudades, recorrieron las selvas como si las hubieran conocido toda la vida y aplastaron muchos de los gigantes hormigueros que contenían y albergaban bajo tierra los feroces facciosos, los necios trogloditas, semejantes á topos. Las familias liberales del Oeste llegaron así á saber, según el ejemplo de Burdeos y los bordeleses, que no les quedaba otro recurso en la situación aquella, sino defenderse y salvarse á sí mismas. El entusiasmo los movió, cual pudiera mover á los voluntarios de la frontera. Villa hubo, entre los liberales, que dió treinta y cuatro mozos á la defensa, cuando le habían pedido el contingente de dos á seis. Nantes á sí misma se superó y excedió en esfuerzos y en sacrificios. Asediada por todas partes; sin libre comunicación de ningún género con las regiones vecinas; cortadas todas las vías suyas; el incendio á la vista; el hedor de los asesinatos en los aires; todo su departamento desolado, todas sus propiedades arrasadas; organizó un gobierno, quien levantó ejércitos con arte mágica y los lanzó al combate; creando cajas públicas en que se concentraban los caudales necesarios para mantener la candiosa empresa; tribunales guerreros, para seguir las columnas y castigar los rebeldes cogidos con las armas en la mano; consejos supremos, de cuyas decisiones no se permitía por modo alguno apelar, los cuales advirtieron que todo conato de rebelión sería castigado con pena de muerte y en todas partes se apelaría sin escrúpulo á la guillotina y al verdugo para destruir aquel atentado, que, de prevalecer, destruiría Francia y su República. De todo esto se necesitaba, no solamente para luchar con los hombres, para luchar con las selvas. Aquellos robledales que ocultaban el cielo con sus ramas y crecían á la humedad del aire por desmedida manera, metiendo sus raíces en agujeros del subsuelo parecidos al panal de una colmena, ó como dice Víctor Hugo, á esponjas y madréporas, no albergaban hom-

bres de nuestras edades, albergaban seres prehistóricos, fetos informes de la humanidad tal como la vemos hoy, confinando en sus instintos con los animales más feroces. Los antiguos nos han transmitido, por medio del geógrafo Estrabón y del poeta Lucano, descripciones de tantas y tantas selvas célticas en que apenas penetraba el aire, y menos aún el día; llenas de reptiles por los suelos y de aves nocturnas por los ramajes; antiguos templos, donde se verificaban los sacrificios humanos sobre monolíticos dólmenes, cuyas titánicas moles destilaban de antiguo sangre y más sangre. Viviendo en cuevas, como las hienas, tales gentes subterráneas como las hienas habían de portarse, y se portaron así que olieron la guerra y la matanza.

Cosa inverosímil; pero la Vendée, tan monárquica y reaccionaria, cedió en daño también de la Gironda, y aumentó las sospechas calladas en unos y las acusaciones patentes en otros, contra las más republicanas y más democráticas de todas cuantas escuelas y fracciones produjo la revolución francesa. ¿Cuál género de relaciones podía existir entre aquellos rebeldes salvajes y los hombres más cultos de Francia? ¿Cómo podían tener participación alguna en aquel movimiento regresivo los impulsores, los profetas, los verbos del movimiento progresivo? Con picas iban armados los facciosos, semejantes á las picas puestas por la Gironda en manos de la plebe parisién; pero las unas picas se diferenciaban de las otras picas, cual se diferencian los motores que impelen adelante de los frenos que paran ó hacen retroceder las máquinas de locomoción en sus ejercicios. Nada menos análogo que los retóricos de la Legislativa y los cazadores en las selvas. Estos disparaban tiros; los otros frases. A nadie se le podía ocurrir la identificación del nombre de Cathelineau, por ejemplo, con el nombre de Vergniaud, cuando el uno representaba la tiranía y el otro representaba el derecho. Los hombres de la razón y de la libertad sólo en espíritus depravados y dementes podían confundirse con los hombres apegados como pólipos al confesor y al confesonario. Casualmente, los girondinos adolecían de continuos escrúpulos por practicar la legalidad; y los vendeanos contra toda legalidad se levantaban. Los girondinos aparecían acosados en aquel momento por sus protestas contra las matanzas de Septiembre; y los vendeanos hacían rosarios de cabezas, con el despojo encontrado en el campo de sus feroces hazañas. Los girondinos armaban á los ejércitos revolucionarios, llamados azules por el color de sus uniformes, mientras los vendeanos ponían á los azules encontrados en sus escaramuzas, y presos, esposas cortantes, forjadas para sus pies adrede, y matábanlos en las plazas públicas al són del cuerno de caza. Era la Vendée como el infierno donde se condensaban todas las sombras; y era la Gironda como el éther donde lucía y brillaba la nueva luz. ¿Porqué aquellos factores tan opuestos se confundían en las acusaciones montañesas? Era una confusión como identificar á Dios con el diablo. Pero los rojos hacían astillas de todos los palos cuando se trataba de concluir con la Gironda y extirpar los girondinos. Y como acusaban á éstos de separatistas, aunque no lo eran, mientras lo